

1. QUÍMICA PURA

Estaba muy nerviosa. Era el último día de clase y tenía que entregar ese cuento. Se acostó a las cinco de la mañana escribiéndolo y ni siquiera le gustaba escribir. El curso se lo había regalado su novio por su cumpleaños. Su novio creía en su talento. Y ella siempre pensaba: «¿No podría ser un novio normal, de esos a los que les gusta que sus novias destaquen intelectualmente lo justo para presumir delante de sus amigos?», pero él insistió mucho aquel día en que ella le escribiera un relato —«Relato para él», se llamaba—, y era tan cursi como su título.

A ella sólo le gustaba escribir cuando estaba triste o cuando estaba contenta, era incapaz de ponerse delante del ordenador a escribir tonterías, y menos un cuento para ese estúpido curso que le regaló su estúpido novio, y que impartía un estúpido escritor presuntuoso con un estúpido nombre: Torcuato Pato. ¡Venga, hombre! Con un nombre así sólo se pueden dar clases de ánades. Su mujer, sin embargo, la del escritor, se llamaba María Pérez, pero la llamaban «La pajarraca». Una tipa con menos escrúpulos que los malos más malos de *Prison Break*. Aparte, era maleducada, agria, filomena y sin sentido del humor. A pesar de ello este profesor se casó con ella, por eso quizá sus clases duraban tanto, no quería volver a casa y apuraba su tiempo con los alumnos —mitad ineptos, mitad fracasados del futuro— hasta el aburrimiento absoluto. Cualquier cosa menos volver a casa. Su vida, así lo veía él, era una mierda. Pero la mierda se transformó en oro cuando conoció a esa alumna que se sentaba en la tercera fila, de aire molesto y mirada

desconfiada. A ella no le gustaba su profesor, y aunque le hubiera gustado, nunca lo hubiera reconocido, le parecía demasiado cliché, demasiado de película francesa barata. Le encantaba decir eso cuando algo no le gustaba, aunque no había visto una película francesa en su vida y mucho menos ponía atención en si la producción era barata o cara en una peli. Además odiaba ver películas en versión original. La verdadera razón por la que no le gustaba su profesor era porque no le gustaban los intelectuales. A ella le atraían más bien los hombres rudos, tipo porteros de discoteca. Ojo, que no es que no haya porteros intelectuales, de hecho a muchos de ellos se les puede ver a las cuatro de la mañana intercambiando libros. Libros de todo tipo y condición: de filosofía húngara, macramé y/o punto de cruz, historia del balonmano y colecciones completas de Sánchez Dragó, entre otros. De hecho, Carmelo Olemarc, de nacionalidad desconocida y mala hostia infinita, fue descubierto una vez leyendo el Quijote en voz alta. A cada cliente que llegaba a su bar, le leía un párrafo. Si aguantaban, les dejaba entrar. Pues así, como él, hay muchos por el mundo.

Y el mundo no era como nos lo habían enseñado en el colegio. Ni en el instituto. Los mapas se habían quedado obsoletos y había que modificarlos. Y en esas estaba Pere, el hermano payaso de aquel profesor que alargaba las clases para no encontrarse con su mujer. Pere Pato llevaba haciendo mapas sin parar desde el año 2000. Empezó haciendo despletables de provincias y a día de hoy ya era todo un experto en mapamundis. Aunque se trataba sólo de un hobby, lo suyo era hacer el payaso, colgarse una nariz en la ídem y calzarse unos zapatones en los pies era lo que le daba la vida. Pero no le daba de comer, y como era una costumbre que tenía desde muy pequeño, trabajaba en una empresa de informático, profesión que le había obligado su padre

estudiar. Decía que con un bohemio en la familia tenían de sobra. Sus días de informático eran bastante aburridos, hasta ese en que un email de la recepcionista de la empresa lo hizo interesante:

*«Hola,
¿Qué tal? Sé que no hemos hablado mucho y a lo mejor estoy abusando de tu confianza, pero no te lo pediría si no estuviera realmente desesperada. He perdido un cuento que necesito presentar mañana y no lo encuentro por ningún lado. Está en el ordenador de casa. ¿Podrías venir esta tarde a echarle un vistazo?
Si me sacas de ésta te invito a cenar... por favor».*

Se quedó un rato largo mirando la pantalla del ordenador. Cuando sus pupilas empezaron a escocer, reaccionó: «Estoy harto de que la gente me pida que le arregle el ordenador, es la cruz de los informáticos», pensó. Y después pensó en Carla y su sonrisa, y dio las gracias al cielo por ser informático y tener la oportunidad de ir a su casa a cenar. Daba por hecho que arreglaría lo que le ocurriera en el ordenador, claro.

Ella le recibió con una cálida sonrisa y un plátano en la mano.

—Es que estoy haciendo gazpacho —dijo ella.

—Ah, claro. Claro...

Pasaron al salón aceptable y tal, y allí mismo le enseñó el ordenador. Un PC espectacular, de colores cromados y pantalla táctil que muy pocos afortunados pueden poseer en sus casas. Pere Pato se quedó helado al ver aquella pieza de antología informática. Se acercó a la mesa del ordenador y se sentó frente a él. Cogió el

ratón y sin mediar palabra se puso a investigar. Media hora después, preguntó sin desviar la mirada de la pantalla plana de calibre extremo:

—¿El cuento se llama «Sangría de plátano»? —Ella, alucinada, respondió que sí y Pere se giró con sonrisa satisfecha sabiéndose poseedor de una cena gratis, para toparse de frente con Carla, que estaba de pie, vestida de vikinga y con dos vasos de gazpacho en las manos.

De repente un maullido de gato en celo le despertó de la siesta de los viernes. «Vaya sueños que tenemos a veces las personas. ¿O será cosa de los payasos?» Este pensamiento seguía bailando en su cabeza cuando llamó a la puerta. La casa era como en su sueño, sólo que ella no llevaba un plátano en la mano ni vestía de vikinga, desafortunadamente, ya que a Pato, le encantaban los disfraces.

—Pasa —dijo ella—, estoy haciendo...

—¿Gazpacho?

—Sangría.

Era un tercer piso con dos ascensores, sesenta y siete metros cuadrados construidos y noventa y ocho habitables. Un salón aceptable, luminoso, agradable. Un dormitorio aceptable, luminoso, agradable. Una cocina aceptable, luminosa, agradable. Un baño aceptable, luminoso y agradable.

Comenzaba el verano y se estaba bien a esas horas de la tarde. Se iba el bochorno, como dicen las abuelas, y llegaba la fresca.

—¿Quieres probarla la sangría, Pato?

A él le gustó que le llamara así porque era como le llamaban sus amigos, como un signo de identidad, gente que conocía su verdadera pasión y le respetaba y le quería. Le hizo sentir como en casa, y cuando fue a coger el vaso tuvo que apoyar su mano en el hombro de ella para pasar por detrás. Entonces ella sintió su olor.

Un olor fresco a *aftershave*, envolvente. Sintió unos deseos irrefrenables de levantarle la camiseta y tocar su piel, formar parte de ese olor, estar más cerca. Sintió tanto deseo, y tan de repente, que se mareó.

—Voy a sentarme un momento. Creo que me ha bajado la tensión. —Y se tumbó en el sofá.

—Pon los pies en alto —dijo él—. Te daré un masaje, estudié fisioterapia a distancia.

Él se sentó, y ella apoyó los pies en su regazo con la tranquilidad que da haberte hecho una exfoliación y pedicura el día anterior. Pero la realidad era otra. Nada más tocarle los pies supo de inmediato que el cursillo de fisioterapia era de los baratos. Sus dedos eran torpes, y sus movimientos peores. Carla aguantaba como podía los retorcimientos que le proporcionaba su invitado, hasta que no pudo más y gritó:

—¡Para, joder!

—Menos mal, creía que no tenías sangre en las venas. Con lo que he apretado podría haber hecho zumo de uva.

La cara de Carla se convirtió en un poema de Leopoldo María Panero, no sabía si darle una patada aprovechando su situación, o quedarse como estaba, o dejarse llevar por esa intensidad con la que tocaba. La inercia le obligó a elegir lo segundo. Pero otro giro inesperado la descolocó todavía más.

—Ahora que sé que aguantas te voy a dar el mejor masaje corporal que hayas recibido en tu vida. Y luego te encontraré el cuento. Y si no te lo encuentro, te escribo otro. Y si no te lo escribo, contrato a un escritor para que te lo escriba. Y si no encuentro a un escritor...

—Al masaje, por favor —cortó ella, deseosa de sentir sus manos.

Con un gesto mandó a Carla darse la vuelta y tumbarse boca abajo en el sofá.

—¿Me quito...?

—Sí, por favor, será más fácil.

Carla se quitó su camiseta, y antes de volverse a tumbar se desabrochó el sujetador. Pere pudo observar una marca del mismo en su espalda. Aunque más que marca era como si alguien le hubiera pasado el dedo por la espalda y hubiera conservado aún su calor. Fue en ese instante cuando recordó aquellas palabras que tantas veces repicaban en su mente los miércoles, y que había olvidado hasta ese momento: «Me encantaría acariciar ese sujetador».

Los miércoles era el «Día informal» en la empresa. Las empresas americanas normalmente lo hacen los viernes, pero ésta era sueca y lo hacía cuando le daba la gana. Era entonces cuando ella se ponía unos vestidos más frescos para estar cómoda en el calor tan seco e intenso de Madrid.

No se lo había dicho a nadie pero había tenido fantasías con ella y esos vestidos tan veraniegos, y sobre todo con los sujetadores que a veces se dejaban adivinar a través del fino tejido de aquellos vestidos. No se podía creer que ahora estuviera aquí con ella, y menos aun cuando ella le dio el sujetador para que lo colocara en algún sitio mientras se tumbaba de nuevo de espaldas.

Él lo tomó con una mano y lo acarició lentamente con la yema de los dedos. Era suave, blanco, brillante y delicado, y pensó: «Seguro que lo lava con detergente para prendas delicadas». A veces, cuando estaba nervioso, pensaba tonterías. Pero ella le interrumpió de golpe diciendo:

—Puedes coger de ese cajón aceite esencial, es «esencial» para los masajes. —A veces, cuando estaba nerviosa, decía tonterías. En fin, prosiguió para no evidenciar el chiste tan malo que acababa de soltar—. Quiero decir, que me lo traje de la India, es muy bueno...Porque ella también había fantaseado con Pere. Mucho. Los días en la oficina eran largos y aburridos y ella a menudo encontraba cualquier excusa para que

Pere viniera a arreglarle el ordenador. Y cuando venía y se ponía detrás de ella a escuchar la explicación de lo que le pasaba en el ordenador sentía su calor y su olor intenso a una colonia que reconocía muy bien, que tenía metida en la memoria. Un olor que le excitaba sobremedida. Y aunque no le veía en esos momentos, le intuía detrás de ella con su espalda ancha, su pelo rapado y su barba medio rubia de tres días. Y de repente cogía el monitor con esas manos fuertes y viriles y empezaba a trastear mientras ella le miraba y se ruborizaba por tener pensamientos tan explícitamente sexuales y morbosos y sobre todo porque se sentía humedecer con su sola presencia... Ella sabía que si hubiera estado sin pareja se hubiera atrevido antes a dar un paso pero ahora estaba pasando sin saber muy bien porque. La verdad es que necesitaba ese cuento y le necesitaba a él y no podía esperar más, ni lo uno ni lo otro.

Él cogió el aceite. Era de color morado y olía a incienso. Pero no a uno de esos normales, no. Un incienso intenso, profundo, sensitivo. Aspiró lentamente su aroma hasta que se llenó los pulmones y se embriagó de él. Todo esto le duró seis minutos. Seis minutos en los que a Carla le dio tiempo a quedarse traspuesta. Pero enseguida dio un respingo. Fue cuando Pere Pato le roció la espalda de aceite esencial.

—¡Uf! ¡Qué frío está! —exclamó ella.

—Sí, pero huele que alimenta...

Sus manos extendían el aceite por toda la espalda con una delicadeza que llamaba la atención. Los firmes movimientos hacían estremecerse a Carla y exteriorizar algún que otro espasmo de placer.

—¿Te pasa algo? —preguntaba él sin dejar de masajearle la espalda.

—Nada, nada...

—Hombre, nada, nada... te están dando espasmos. A lo mejor es que soy muy torpe, si quieres lo dejo

y me pongo a buscarte el cuento, que es a lo que he venido.

—No, no hace falta, de verdad... prefiero que sigas.

—Ya, pero lo mismo no es conveniente que yo, que sólo soy un informático...

—¡Qué sigas!

Carla se dio cuenta de que el tono utilizado no había sido muy amable, pero enseguida se relajó y se dejó llevar por la sensación del tacto de sus manos, y empezó a pensar en los besos, en los que le habían dado, en los besos en general, en los fraternales, en los de compromiso, los de película, en *El beso* de Klimt... hasta que él la interrumpió, porque ella estaba distraída y él no sabía qué narices hacer delante de esa chica que pensaba en besos.

—Si esto fuera un cuento, ¿qué te gustaría que pasara?

—Que le besara, que me besaras... —respondió ella sincera.

Entonces ella se dio la vuelta, dejando ver lo que la imaginación de Pato llevaba esperando desde hacía, por lo menos, un cuarto de hora.

Y si antes sintió espasmos, ahora sintió mariposas, libélulas, hormiguitas de las rojas y sobre todo mucho, mucho placer. Estuvo brillante, un superdotado de los besos. Se le erizó todo el vello del cuerpo, hasta las cejas hicieron un gracioso intento por elevarse. De repente sintió que debía ser sincera con él. Alguien que besara así, merecía saber la verdad.

—Tengo que decirte algo. La sangría no la he hecho yo. La compré en el Carrefour.

—No me jodas —exclamó—. Eso sí que no. Por ahí no paso. Podré besarte como nadie lo haya hecho jamás, pero que la sangría la hayas comprado en el Carrefour... pues qué quieres que te diga, me decepcionas.

Carla se quedó mirándole con una media sonrisa traviesa que Pere no supo muy bien interpretar.

—Qué no, que es broma. ¿Cómo voy a comprar la sangría en el Carrefour?, si yo soy más de Mercadona. Anda, bésame otra vez.

Así que eso hizo. Y mientras lo hacía, pensaba que esa mujer tan atractiva como rara, tenía muchas posibilidades de estar loca. O por lo menos, más allá que pacá, pero le encantaba, y sobre todo le sorprendía muy gratamente encontrar a gente con su sentido del humor.

—No me has enseñado tu casa —dijo de repente sin darse cuenta.

Ella se quedó como pensando «¿Y mi beso?», pero le dio corte insistir. Era como si hubiera pasado el momento, como cuando se tiene que explicar un chiste porque no lo ha entendido alguien. Le contestó un poco molesta.

—Ya, es que odio enseñar mi casa y que me enseñen casas, y sobre todo cuando te dicen: este es el comedor, esta es la cocina, este el baño... me dan ganas de decir: «Si no es por ti no lo adivino». Pere rio con la ocurrencia de Carla y ella siguió hablando.

—Oye, pues a mí sí que me gustaría que me enseñaras la casa, o al menos, una parte de la casa.

Ella sonrió picarona y dijo:

—¿La cocina?

—Tu habitación.

Ella miró a un lado como si se lo estuviera pensando, pero en realidad estaba actuando para dar más tensión a la situación, y cuando vio suficiente tensión en sus ojos, le dio la mano sin mirarle y lo llevó hacia su habitación, dejando detrás de ellos un delicioso olor a incienso, a verano y a besos acertados.

Llegaron a la habitación, que era pequeña o por lo menos no tan espaciosa como el resto de la casa. La cama estaba invadida por ropa desordenada y el ar-

mario abierto de par en par. La ventana que daba a la calle estaba igual que el armario, lo que permitía que un ligero vientecillo aireara el cuarto. En una de las paredes había un corcho colgado en el que varias fotos sujetas con chinchetas daban alguna pista de la vida de Carla. Una foto en Estocolmo, otra en Segovia, la típica de todas las amigas después de una cena. Frente a la cama, una estantería repleta de libros. Desde Paulo Coelho hasta Karlos Arguiñano, pasando por lo mejor de Eduardo Mendoza. Sobresaliendo de la línea cogió un libro, una imagen inquietante en la portada: *Relato-metrajés*, de Javi. J Palo. «Sin duda alguna, uno de los mejores libros de relatos que había parido madre», dijo ella. A ambos lados de la cama, había dos mesillas de noche pequeñas, pintadas de morado y con una lámpara bastante fea encima.

Carla corrió las cortinas y dejó la habitación en penumbra, solo entraban unos rayitos de sol, tan pequeños como potentes, que parecían rayos láser atravesando la parte de arriba de su armario. En esto estaba pensando Pere cuando se empezó a sentir nervioso y excitado por lo que intuía iba a suceder en pocos minutos, y le entró un poco de inseguridad. «¿Estaré a la altura?» se preguntaba, y empezó a pensar en las chicas con las que se había acostado, que no eran muchas, pero en lo bien satisfechas que se habían quedado, según ellas. Pero a veces las mujeres son tan mentirosas... Carla no lo parecía. Sobre todo en las historias que Pere se montaba en la oficina. No era nuevo que cuando Carla pasaba por su lado o simplemente sonreía por algo, él desatara su imaginación y se dejara llevar. Fantasear con Carla era algo que hacía todos los días. Una mañana, cuando Carla fue a la fotocopidora, se le cayeron los folios que había utilizado. Pere, lejos de ayudarle a recogerlos, se quedó ensimismado viendo como al agacharse dejaba escapar sus muslos, brillantes y tersos. Bendijo a aquella

minifalda que se subió casi hasta el cielo. En ese momento, los pies de Pere se pegaron al suelo, y toda la quietud de sus extremidades contrastaba con el bullido de su cabeza. Imaginó que cuando ella se agachaba a por los folios, él se colocaba justo detrás dispuesto a ayudar. Sus brazos, al alargarse a por ellos, rodeaban el cuerpo de Carla. Ella se giraba, despacio, y con una sonrisa de agradecimiento le dejaba hacer. Al estar tan juntos, Carla no podía dejar de mirar los ojos de Pere, como le pasaba a él con ella. De los ojos a la boca. De la boca a los ojos. El olor aún intenso de los perfumes les embriagaba todavía más, y era cuando definitivamente los folios pasaban a ser algo muy poco importante. Agachados, comenzaban a besarse. Primero despacio, y poco a poco aumentando el ritmo para acabar los dos por el suelo, esparciendo los folios fotocopiados. En la cabeza de Pere, el roce de sus labios con los de Carla mientras sentían el frío del suelo era casi real. A veces, lo era tanto, que sin darse cuenta sentía una erección que le incomodaba, por riesgo a llamar la atención. Pero ahora no era un sueño ni su imaginación. Ahora era real.

Sintió a Carla abrazarle por detrás. Pudo sentir su pecho en la espalda y su mano acariciarle la nuca. Se dio la vuelta despacio, bajó su mano y la de ella por su pierna. Llevaba una falda muy fina, como los vestidos con los que había fantaseado, y la levantó sin prisa, disfrutando cada instante, y así comenzaron entre los dos a acariciar las piernas de ella, cada vez más cerca de su tanga negro y semitransparente. Las manos de ambos no dejaban de tocarse suavemente, y se entremezclaban jugando por debajo de su falda, fundidos. A veces no podía distinguir si era su propia mano o la de él la que le estaba dando placer. Entonces él llegó con sus dedos hasta su sexo y sintió que estaba húmedo. En un arrebato de excitación agarró la tira del tanga de su muslo y tiró de él fuertemente, arrancándoselo.

Ella dejó escapar un suspiro de sorpresa y entornó los ojos con sumisión. Entonces su mente empezó a pensar: «¡Madre mía! Siempre he querido que me arrancaran el tanga, pero pensaba que solo ocurría en las películas o en las fantasmadas que cuentan algunos tíos pero no, es cierto, no es una leyenda urbana. Por fin lo sé. Estoy deseando contárselo a mis amigas. Yo pensaba que los tangas de las pelis estaban trucados, porque el hilillo de los tangas es bastante fuerte. ¿Se habrá hecho daño? A lo mejor sí, pero se está haciendo el valiente y no quiere cortar el rollo. Aunque espero que sí se haya hecho un poco de daño, porque si no, a lo mejor piensa que el tanga es de mala calidad, y de eso nada porque es un tanga bien bueno. ¡Mierda!, se acaba de cargar un tanga de treinta euros. Si lo sé me pongo uno de los chinos, de los rojos que me compré para Nochevieja. No, no, es mejor así, porque un tanga rojo así de repente parece un poco de guarrilla. Si, mejor así, pero joder, treinta euros. A lo mejor lo puedo coser. Qué cutre soy. No pienses y disfruta. Voy a ver si se ha hecho sangre en la mano, y si veo que no, ya me relajo... Ah pues no. Todavía no me puedo creer lo que acaba de hacer. ¡Joder con el informático!».

Él podía ver en sus ojos entreabiertos cómo, sin decir ni una palabra, se iba adentrando poco a poco en un estado en el que no había vuelta atrás, ni sitio para la razón y las palabras, en un estado de intensas sensaciones, donde no importa nada más. Sólo ellos y el placer. El gusto por el gusto, al carajo el cuento y la informática, sólo valía dejarse llevar y gozar. Más aún cuando ocurre de manera inesperada, cuando la realidad supera a la imaginación y nos da una tregua. Ese placer cada vez era más intenso. Sin saber cómo, ambos habían aterrizado encima de la cama sin despegar sus labios. Y así seguían, besándose que parecía que se iba a acabar el mundo, mientras sus manos recorrían con intención el

cuerpo del contrario. En uno de los revolcones, Carla quedó debajo de Pere, que detuvo sus besos para mirarla fijamente. Unos segundos que le sirvieron para examinar sus profundos ojos negros, su tez morena, su pelo negro, sus finas facciones que la hacían parecer siempre más joven de lo que era. Pero lo que más le gustaba eran sus labios, carnosos, rosados, parecían tener una palabra continuamente preparada: Bésame. Pero Pato, esta vez, frenó sus impulsos, y en vez de besarla por enésima vez, se quitó la camiseta. El olor cálido y envolvente del *aftershave* volvió a emanar hacia Carla, que se dejó llevar por su fragancia hasta perder la razón completamente. La pérdida de cabeza era mutua, y ambos se enzarzaron en una batalla sexual sin precedentes hasta la fecha en esa cama. En esa casa.

Decir que estuvieron más de siete horas follando podría parecer una exageración, pero así fue. El cansancio no les impedía continuar gozando del cuerpo del otro. Era algo inevitable, química pura. En cuanto terminaban un polvo casi instantáneamente comenzaban otro. Y despacio, con tiempo, cuidando al milímetro las sensaciones. Parecían una pareja compenetrada, pero la realidad era otra. Eran amantes recientes. Lo poco que se conocían era a través de lo que sus ojos veían en la oficina y su imaginación volaba después.

Fue así como Carla se durmió. Pensando en que su sueño se había cumplido. Un sueño trabajado, porque si no le hubiera mandado ese mail a Pere, esa noche, posiblemente, hubiera dormido sola. Porque lo de dormir con Pedro, su novio, ya no le atraía.

Eran las siete cuarenta y cinco de la mañana cuando sonó el despertador. Carla, aún con una sonrisa en la boca, abrió los ojos despacio. Giró su cuerpo lentamente

hacia el lado contrario, buscando el despertador, y lo apagó. Notó que algo le faltaba y se incorporó buscando a su alrededor.

—¿Pere?

Con el mal presentimiento de que todo hubiera sido un sueño paseó su cuerpo desnudo por la casa buscando al pequeño de los Pato. Pero no lo encontró. Lo que sí vio fue una nota pegada en la pantalla del ordenador: «En la carpeta que está abierta en el escritorio tienes el cuento. Lo he leído y me ha gustado. Tanto como tú». Carla releyó la nota más de tres veces y menos de cinco, y volvió a sonreír, relajada y feliz. Volvió a la cama con la nota en la mano, pero enseguida cambió esa idea por la de ir a la ducha. En una hora tenía que estar en la oficina.